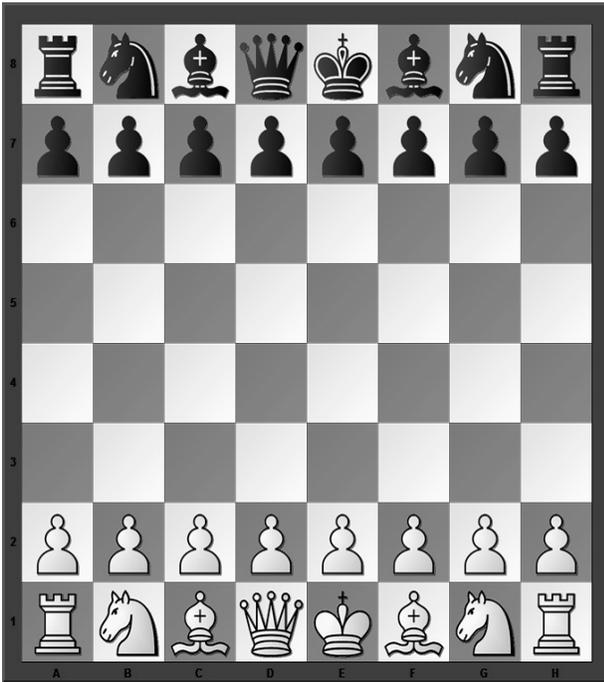


Hace algún tiempo paseaba con mi hijo pequeño. Parloteábamos de esto o de aquello. Su mano caliente cogida de la mía. Tenía entonces cuatro años. Había empezado a hablar relativamente tarde, lo que me supuso en su momento considerable angustia, así que aprovechaba cualquier circunstancia para estimular su habla. Bajábamos por la calle de la Iglesia. Al llegar al recodo conocido como el Angostillo se fijó en un cartel luminoso que representaba un semáforo. Era el reclamo publicitario de una autoescuela, al final de la calle: «Yo ya sé qué es un *femáforo*», me dijo de pronto todo orgulloso. «¿Y qué es?», le pregunté, pensando en esas clases de educación vial con que entretienen a los párvulos en las escuelas. «Son unas luces que sirven para cambiar de color», contestó. Me reí, claro está, pero con cuidado de no soliviantarlo. Más tarde, ya de vuelta a casa, pensé que el comentario del chiquillo había sido notable porque dejaba muy clara la total falta de significación que tenían para él las luces coloreadas del semáforo. Pero el comentario había sido notable también porque había solucionado el para qué de los semáforos atribuyéndoles con magnífica inocencia una función: sirven para cambiar de color. La pregunta acerca de por qué cambian de color y qué se perseguiría con ello la dejaba en suspenso, probablemente porque su propia respuesta era ya lo suficientemente satisfactoria. Constatava sencillamente que ocurría así.

Algunos años antes también su padre callejeaba, pero en esta ocasión por el centro de París. Se encontró de pronto en un callejón

sin salida, cerca del Panteón de Hombres Ilustres. Siendo imposible continuar adelante, dio media vuelta y se fijó entonces en la señal de tráfico que se hallaba al principio del callejón. Por cima del icono en forma de T se podía leer: «IMPASSE». Hasta ese momento, la palabra *impasse* había sido para él una partícula presente en una locución que en ocasiones había empleado: «encontrarse en un *impasse*» significaba algo así como un no saber qué hacer. Pero es que ahora se encontraba literalmente en un *impasse*, es decir, en un callejón sin salida. El padre del niño se sonrió por la situación y siguió caminando buscando la Rue Saint Jacques, donde vivía.



Saber manejarse entre signos; de eso se trata. En esta ocasión, los signos serán figurines de ajedrez: damas, caballos, reyes... Supondré al lector que ahora mismo se inicie por estas páginas cierta competencia semiótica sobre estos particulares. No mucha, pero sí

alguna. A aquel que no la posea, puedo decirle solamente que en apenas un par de horas de aprendizaje será capaz de jugar al ajedrez y hasta de leer partidas, aun si su nivel como jugador resta muy elemental. Para tal labor hay manuales por doquier. Allí le explicarán el movimiento de las piezas, las reglas del juego, la forma de identificar sobre las coordenadas de un tablero las diferentes posiciones, algunos consejos sobre los principios del juego así como buena parte del vocabulario básico del ajedrez, aunque mejor sería todavía que un jugador experimentado le ayudara en esos primeros pasos. Si se toma la molestia de iniciarse en estos deliciosos arcanos, cabe pensar que disfrutará en mayor medida con las eventuales virtudes de este escrito, pues desaparecerán de inmediato ciertas opacidades inevitables, y hasta será capaz de detectar los eventuales errores o falsas apreciaciones que aquí se mantengan.

Lamentablemente, conseguir una competencia filosófica parece algo más trabajoso, pero tenemos una ventaja. Como no podía ser menos, haremos filosofía en una lengua determinada, la que compartimos con quien nos lee, de tal forma que, cuando aparezca algún término cargado de tecnicismo filosófico, esté atento el lector a la forma en que se explica el mismo. Si, a pesar de cierto esfuerzo, no puede comprenderlo en su propia lengua, con sus propias palabras, no le dé más vueltas, acaso no merezca la pena ocuparse de él. Sólo hay que tener cierto cuidado con una cosa: darse cuenta de que lo difícil no es lo mismo que lo oscuro, aunque en ocasiones se confundan. Cuando la sensación de oscuridad pese más que la de dificultad podrá estar seguro de que no se trata más que de una pendería, es decir, un lugar cristalizado de no-pensamiento. Me he tomado muy en serio la tarea de eliminar en lo posible todas estas faltas y resabios, entre otras cosas porque quiero que mis propios bachilleres sean capaces de entender esto que su profesor les escribe. Un buen puñado de amigos me ha ayudado en esta poda terminológica. No ha sido completa, pero sí quizá suficiente. Si en el camino, persiguiendo aquello, he escamochado algún concepto, la culpa es sólo mía. Por otra parte, tengo que agradecer las indicaciones que he

recibido mientras escribía el libro. Muchas de ellas las he incorporado al texto, pues no hay cosa que más odie que dar la impresión de que las ideas surgen de la nada, como por mera introspección. Como no creo en las virtudes de ésta, he identificado a mis interlocutores a lo largo del libro. Tal vez haya cometido alguna errónea atribución en este cometido. Pido disculpas por adelantado. Los afectados han de saber en cualquier caso de mi agradecimiento. Otra cosa: es probable que algunos echen de menos un mayor grado de problematización de las cuestiones tratadas. No estarán a solas en esa sensación, que por desgracia conozco tan bien. Si al final de estas mismas páginas resultan ser algunos más que cuando yo mismo empecé a reflexionar sobre estos asuntos, no habrán sido en vano todos estos desvelos.

*Diciembre de 2009*

